

sensitivo debes estar siempre sujeto á la razon: no ha de gobernar, ni mandar, ni tener dominio alguno sobre la lengua, ni sobre sentido, ni potencia alguna; porque de otra manera cegará la razon, y hará con el alma lo que Eva con Adán, y lo que Jael con Sisara (a).

511 Considera, que no obstante tantas maravillas como se veían allí, aunque los mas estaban atónitos, y compungidos, otros hacían burla de los Apóstoles, y decían, que estaban cargados de vino, y por consiguiente embriagados. Y aunque aquella mala gente decía, y hablaba de los sagrados Apóstoles esas palabras por oprobrio, y afrenta; porque como afrentaron al Maestro, pretendían confundir, y afrentar á los Discípulos; con todo dixeron verdad, porque realmente los santos Apóstoles, dixo San Cirilo Jerosolimitano, estaban embriagados, no con el vino de las viñas terrenas, sino con el de la viña espiritual, plantada en tiempos antiguos por la mano de Dios, y arruinada por los Judíos; mas restaurada ya por Christo nuestro Señor, y renovada en el Nuevo Testamento, y Ley santa de la Gracia: con el vino de esta viña, que es el divino Amor, se habían embriagado los Apóstoles; y oja:

lá todos los que estamos en esta viña bebiéramos, y gustáramos del vino que produce, y bebiendo nos embriagáramos! ojalá todos oyéramos al Señor, divino dueño de esta viña, que dando voces á las almas, las convida, diciendo (b): Comed, amigos, bebed, y embriagaos charísimos. En donde debes considerar, que el que come de los racimos, á ese dice amigo, y el que bebe, y se embriaga, ese es el charísimo, y mas fino amigo. Comen los de la vida activa, dice Casiodoro, y beben los de la vida contemplativa, los quales bebiendo, se embriagan; y así como el embriagado se olvida de todo, y sin acuerdo de otra cosa, se entrega al sueño, así aquellos absortos en la meditación, y contemplación de las obras, y grandezas de Dios, olvidados de todo lo temporal, y caduco, solo aspiran á los brazos del amado; quien sustentándoles la cabeza con la mano siniestra, y abrazándoles con la diestra, les guarda el sueño, y conjura á las hijas de Jerusalem, que no los inquieten, ni despierten. ¡O alma! Trabaja por este vino, anhela por beberle: de la vid, que es Christo, se saca meditando, considerando, y contemplando las obras de su santísima Vida, Pasión, y Muerte. Es-

(a) Judith. 4. (b) Cant. 5. 1.

Estas son como racimos de aquella cepa divina, los quales exprimidos en el vaso del corazón, destilan el mosto, que embriaga. Trabaja, pues, en esto; y si los mundanos hicieren burla de tí, si condenaren tu ejercicio, y murmurando de tí, mofaren de tu bebida, déxalos tú; que no han gustado la dulzura de ese vino, que si lo gustáran, si percibieran la suavidad de tan soberano licor, á buen seguro, que ellos renunciáran de muy buena gana las heces del caliz de Babilonia, y trabajáran con anhelo por este.

512 Considera como los sagrados Apóstoles, prosiguiendo con su predicación, y con grandes prodigios, maravillas, y milagros estupendos, que Dios obraba por ellos, pues hasta con la sombra del Señor San Pedro sanaban de todas enfermedades, se convirtieron á la Fe de Jesu-Christo multitudes grandes de Judíos; por lo qual era grande el odio que los Pontífices, y Fariseos tenían contra ellos: hacían sus juntas, y concilios: llamábanlos, y puestos en medio, les preguntaban, y examinaban, así de la doctrina, como de los milagros, que obraban; y ellos, olvidados de todo temor, y cobardía de ánimo, respondían con santa libertad, engrandeciéndole á Christo Salvador nuestro, y confundiéndonos con los grandes peca-

dos, y sacrilegios que habían hecho, quitándole la vida, y crucificándole entre los Ladrones; y siendo el Señor el Autor de la vida, le habían trocado por Barrabás perverso, y homicida. Mandábanles que callasen, amenazándoles con grandes castigos. Respondían ellos, que á Dios primero que á los hombres se había de obedecer. Dábanles de bofetadas, y heridas, y apaleados los echaban de sí; y ellos con los oprobrios, heridas, y afrentas, salían gozosos, y alegres, teniéndose por dichosos en padecer todo aquello por el nombre del Señor; y juntos en oración le daban á su Magestad con grande alegría de sus corazones, gracias, y alabanzas, porque los hacía dignos de padecer por su santo nombre, y por su honra. Volvían á predicar, y cada día crecía el número de los Christianos, los quales, convertidos á nuestra Santa Fe, se desposeían de quanto tenían, vendían sus haciendas, y posesiones, y traían á los Apóstoles el dinero para que se repartiese entre todos, quedándose pobres, y despojados de todas las cosas de esta vida, haciendo ley el consejo del Salvador, que dice, que el que no renunciare todas sus cosas, no puede ser su discípulo: se entregaban de todo punto á la oración, frecuente Comunión, y divinas alabanzas.

Así se entabló la Iglesia, en pobreza, en caridad, en paciencia, y humildad, y así perseveraba en Jerusalem, hasta que creciendo la rabia de los enemigos de Christo, levantaron grandes persecuciones contra los Christianos, y martirizados unos, y desterrados otros, viendo los sagrados Apóstoles que la sacrilega Ciudad por sus grandes culpas se había hecho indigna de la predicación, y doctrina de la verdad, desamparando á los perversos, se esparcieron por el mundo, segun la particion de los Reynos, y Provincias que les había tocado: reprobada la Sinagoga, se levantó la Iglesia Católica entre los Gentiles, cumpliéndose la profecía de nuestro Salvador, que perdidos, y reprobados por malos los Judíos, les quitaría la Viña de su Iglesia, y se la daría á los Gentiles, los quales le acudirían con los frutos, y réditos á su tiempo. Estos somos nosotros los Christianos, esta es la Iglesia Católica, Viña del Señor Dios de los Exércitos, la qual en sus principios dió colmadísimos frutos de muchos Mártires, Confesores, Anacoretas, Virgenes, Continentes, y Penitentes; mas ahora en lugar de uvas, da agraces, y en lugar de frutos de buenas obras, da espinas, y cambrones, con que es ofendido, y

(a) 2. Cor. 4. (b) Hist. Virg. cap. 10. (c) Epist. 1.

lastimado el Señor de la Viña. Mire, pues, cada uno por sí, y acuérdesse de la sentencia de nuestro Redentor soberano, teniéndola muy en el corazón, quando dixo, que todos los Christianos éramos sarmientos de esta Viña, y que el que no diese fruto, sería cortado, y arrojado en el fuego; y el que diese fruto, sería purgado, y trabajado, para que diese mas. Temamos, pues, la ociosidad, y amemos los trabajos, trayendo siempre á la memoria aquel dicho de San Pablo (a), que un breve, y momentaneo trabajo se paga con el peso inestimable de una eternidad de gloria.

513. Considera que María santísima, mientras los Apóstoles estuvieron en Jerusalem, vivía con ellos, segun dice el Metafraste (b), una vida verdaderamente santa, y apostólica, ocupada en enseñar á los Apóstoles. Consolaba á los tristes, alentaba á los flacos, esforzaba á los tímidos, socorria á los pobres, y favorecia á todos; de manera, que como dice San Ignacio Martir, (c) era el único refugio de todos, y todos vivían con increíbles ansias, y deseos de verla, y oirla; porque ninguno llegó jamas á verla, que no volviese mejor de lo que había ido. Y para que

mejor se conozca esta verdad, quiero poner aquí un párrafo de una Carta (a), que escribió S. Dionisio Areopagita á su Maestro San Pablo, despues de haber tenido la incomparable dicha de haber visto á nuestra Señora, y dice así: No creyera yo (delante de Dios lo confieso, ¡ó Príncipe de la Iglesia santa!) que fuera de Dios nuestro Señor, podia haber cosa semejante á la que yo ví, no solo con los ojos del alma, sino tambien con los del cuerpo; á la Deiforme digo, y sobre todos los Espíritus celestiales encumbra la Madre sacratísima de Christo Jesus, nuestro Señor, la qual me fué concedido ver, por la benignidad, y misericordia divina, y por la autoridad del Príncipe de los Apóstoles, y por la clemencia perenne de la Virgen purísima. Confieso una, y otra vez delante de la divina Omnipotencia, y de la clemencia suma del Salvador, y de la gloriosa Magestad de la Deiforme Virgen, Madre suya, que quando fuí llevado de Juan, Cabeza del Evangelio, y de los Profetas, á la presencia de la soberana Virgen, me hallé dentro, y fuera de mí, cercado, y lleno de tan grande, y divino resplandor, bañado todo de tanta fragancia, dulzura, suavidad, y todo género de olores,

que ni mi cuerpo infeliz, ni mi espíritu podia sufrir, ni ir adelante con insignias de tan grande, y eterna bienaventuranza: desfallecia mi corazón, y faltó mi espíritu, oprimido, y anegado en la gloria de tanta Magestad. Pongo por testigo á Dios, que presente estaba en la Virgen, que si vos no me hubierais enseñado la verdad, creyera que ella era el verdadero Dios; porque no parece podían tener mayor gloria los Bienaventurados, que la que yo, ahora infeliz, y entonces dichosísimo, gozaba quando la ví. Gracias doy al Sumo Bien, y Señor mio, y mi buen Dios: gracias á la divina Virgen, y á tí, Príncipe de la Iglesia, que me diste el que yo viese, y gozase de tanta dicha, y tales maravillas. ¡Considera, Christiano, por aquí, que tales quedaban los que veían, y gozaban una vez de la presencia de esta soberana Virgen! ¡Qué aliento, qué fervor, qué devoción, qué consuelo, qué ánimo, y valor sacarian de verla, de oír sus dulcísimas palabras, y sus santos, y divinos consejos, con los quales animaba, consolaba, y fortalecia á todos los que la procuraban por único remedio en sus aficciones! Y no obstante, que por estas, y otras muchas, y mayores razones, como dice S. Ignacio Martir (b), Ma-

(a) Epist. ap. Joan. Bonif. lib. 1. (b) Epist. 1. ad Joan. Evang.

María Santísima era estimada, celebrada, deseada, y venerada de todos.

514 Considera como, no obstante, esta soberana Princesa padeció grandes contradicciones de los Escribas, y Fariseos; y así escribe el Santo estas palabras: María Salomé, y otros conocidos, nos escriben, nos cuentan como María Madre del Salvador está llena de todas las gracias: que padece persecuciones, tribulaciones, penurias, trabajos, necesidades, y pobreza grande; y lo que mas me admira es, que engrandeciéndola, y aplaudiéndola todos, los Escribas, y Fariseos murmuran de ella, la afligen, y le dan muchas molestias; mas ella en las tribulaciones, y persecuciones está alegre; en las penurias, y necesidades no se quexa; muéstrase agradecida á los que la injurían, apacible con los que la molestan, amorosa á los que la afligen, y compasiva de los que la murmuran. Ves ahí, Christiano, á tu Señora, y tu Reyna afligida, perseguida, y atribulada: vesla ahí pobre, necesitada, cargada de penurias, trabajos, contradicciones, y murmuraciones. Consuélate por una parte, y ámate por otra á padecer, pues oyes que padece tanto

la mas pura santa, é inmaculada de las criaturas. Y no pienses que solo en Jerusalem asistía esta soberana Reyna, y que solo allí consolaba, y animaba á los Fieles. Ya te consta como vino á España, segun la tradicion antigua de Zaragoza, y que allí confortó, y animó á Santiago; y asimismo, como dice Nicéforo (a), se halló en Efeso, como tambien lo testifican los Padres del Concilio Efesino; y asistió, dice Canisio (b), como Maestra singularísima de todos, con cuyos preceptos, consejos, y doctrina se destruyeron los errores, y heregias; por lo qual, como dice Artopeo (c), los Hereges se embravecieron contra nuestra Reyna cruelísimamente, porque no les dexaba parar en parte alguna; porque como Sol divino descubria las tinieblas de sus ignorancias, y errores, y ellos por esa razon la aborrecian de muerte. Y á este paso puedes piadosamente entender, que como consta que la sacratísima Virgen estuvo en estas dos partes, sin duda alguna asistiría á otras muchas, ya caminando, ya llevada por ministerio de los Angeles, ya escribiendo, consolando, y animando con sus cartas, y ya enviando Angeles, que como Reyna de ellos, les mandaria que asis-

(a) Hist. de Beat. Virg. lib. 2. cap. 21. (b) Lib. 5. de Beat. Virg. cap. 1. (c) In Hist. Virg.

asistiesen á los necesitados en todas partes; porque como dice Dionisio Richelio (a), le mostraba, y hacia patente el Señor toda la Iglesia en todas las partes de la tierra, y en todos estados; y mostrándosele, claro está, que habia de ser para que mirase por ella, la guardase, y conservase por todos los modos, y caminos que fuesen mas convenientes para su conservacion. Así puedes considerar, que como Aguila Real, andaba mas por el ayre, que por la tierra, velando, y guardando la Iglesia que su divino Hijo le habia dexado encargada. Considera por último que se volvió á Jerusalem, en donde murió; y puesta su habitacion en el Cenáculo, se entregó toda á los ejercicios de la contemplacion; y como dice la Historia Virginal (b), de continuo visitaba los Lugares Santos. Iba al Monte Calvario, y allí consideraba la sangre derramada de su santísimo Hijo, para lavar los pecados del mundo, y allí derramaba la divina Señora muchas lágrimas, y era atormentado con grande compasion su tiernísimo corazon: de allí pasaba al Sepulcro; y contemplaba la gloria de la Resurreccion de su Hijo sacratísimo, y era su alma regalada con inmensa alegria: pasaba de allí al monte Olivete,

desde donde subió al Cielo su santísimo Hijo; y viendo estampadas en la tierra sus divinas plantas, postrada en el suelo, las besaba, y reverenciaba, y su alma era elevada á la consideracion de la gloria de su santísimo Hijo, y se inflamaba en su amor, deseando sumamente verle, y gozarle.

511 Considera como tambien mentalmente desde su recogimiento visitaba su casa de Nazareth, y contemplaba la Encarnacion, y en Belén el Nacimiento: pasaba los desiertos hasta Egipto: iba al Jordán al Bautismo, á las tentaciones del desierto, al monte Tabór; y volviendo por las casas de Anás, Cayfás, Herodes, y Pilato, iba corporalmente al Calvario, como queda dicho; y así consumaba los dias, y noches en oraciones, y lágrimas, hecha un clarísimo espejo, y perfectísimo exemplar de toda santidad, y virtud: estaba en cuerpo mortal; mas vivia en él; y como fuera de él, meditaba, consideraba, y contemplaba continuamente la Vida, la Doctrina, y Pasion, la Cruz, la Muerte, y las glorias de su divino Hijo: tan grande, tan excelsa, é inaudita era la contemplacion de esta soberana Reyna. ¡Qué luz, qué claridad, qué resplandor, qué gloria, qué fragancia, qué olor, y suavidad

(a) Lib. 2. B. Virg. (b) Multi ap. Joan. Bonif. lib. 1. cap. 18.

celestial, y divina, no se registraba desde afuera en aquel corto aposentillo de su recámara! ¡Quántas veces baxaban á él Coros de Angeles, Arcángeles, Querubines, y Serafines, se oían celestiales, suavísimas, y dulcísimas músicas, y canciones! ¡Quántas veces la visitó la Magestad de su santísimo Hijo, encerrándose en aquel aposento tanta luz, y claridad, que en

su comparacion son tinieblas las luces de los Cielos! Hasta aquí Guarrico Abad. Ve tú ahora premeditando cada cosa de estas de por sí, haciéndote presente á todo, y hallarás grandes motivos de paciencia, de claridad, de humildad, de fortaleza, de pobreza, de esperanza, y amor, con que se inflamará tu alma en deseos de imitar á tu Reyna, y Señora.



TRANSITO

DE LA VIRGEN SANTISIMA.

516 **C**onsidera en el tránsito, y gloriosísima muerte de nuestra soberana Reyna, y Señora; y ante todas cosas advierte, que lo que de este punto digo, y lo mismo de su gloriosísima Asuncion, no consta del sagrado Texto, sino que lo dicen gravísimos Santos, y Autores fidedignos, como son San Dionisio Areopagita, San Juan Damasceno, Nicéforo, Simon Metafraste, Vincencio Velvacense, S. Vicente Ferrer, Cartagena, Bernardino de Bustos, y otros muchos (a). Y así has de pensar, que estando nuestra Señora tan entregada á la contempla-

cion de la Vida, Muerte, y Gloria de su santísimo Hijo, segun queda dicho en la consideracion antecedente, cada dia se le inflamaba mas el alma en una llama de amor inmenso; y de esa llama se originaban en su purísimo corazon vivísimas ansias, y deseos ardentísimos de salir de este mundo, y gozar de la presencia de su santísimo Hijo en el Reyno de su Gloria. Estas ansias arrojaban como encendidas flechas, y tiernísimos suspiros; que por instantes sonaban, y se oían en el Trono de la inefable, beatísima, y santísima Trinidad, con los cuales, movidas las

(a) D. Dion. Areop. cap. 3. de Div. Nomin. Damas. Serm. 2. de Dormit. Cartuj. tom. 3. fol. 46.

entrañas piadosísimas de su divino Hijo, queriendo dar cumplimiento á los deseos de su Madre, le envió al Arcangel S. Gabriel, que como dice S. Vicente Ferrer, fué siempre el Nuncio, y Embaxador de Dios para nuestra Reyna, y Señora. Apareciósele ese glorioso Arcangel con una palma en la mano de excesivo resplandor, y de admirable hermosura: venia lleno de tanta gloria, que puso en admiracion á la Reyna de los Angeles, y puesto en su presencia con grande reverencia, y alegría, le dixo: El Altísimo te saluda, María: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo: Dios te salve, de las criaturas la mas bendita: Dios te salve, Templo del Señor: Dios te salve, Arca de la Vida: Dios te salve, Reyna del Paraíso: la Magestad de tu Divino Hijo te espera con todas las Milicias del Cielo: oyó tus tiernos suspiros, y quiere satisfacer tus ansias amorosas, y dar cumplimiento á tus deseos: de aquí á tres dias pasarás de esta vida mortal á la eterna. Ya toda la Corte celestial se queda disponiendo para recibirte con triunfo, y magestad, suprema Reyna: recibe esta palma, que del Paraíso de Dios te traygo, como blason de las tres victorias que alcanzaste, del mundo, por el abismo profundísimo de tu humildad: del demonio, por tu altísima pobreza;

y de la carne, por el candor purísimo de tu Virginidad. Considera, que fué tanta la alegría que tuvo nuestra Señora con la nueva de su muerte, que no hay lengua que la pueda explicar. Mandó traer muchas velas, y antorchas, limpiar la casa, y adornar, y componer su aposento, y lecho, como quien esperaba las bodas, y eterno desposorio de su Alma, que en breve se habia de consumir. Mandó convocar á los parientes, amigos, y vecinos, para que se alegrasen de su alegría, y le diesen el parabien de su dicha. ¡Qué de cosas tienes, alma christiana, que pensar, y qué de provechos que sacar para tu mayor bien! Pon lo primero los ojos de tu consideracion en aquellas ansias, y abrasados deseos que tenia de verse con su santísimo Hijo; pues eran tales, que la hacian suspirar, y clamar de noche, y de dia, no obstante que tenia tan seguro el premio, la gloria, y el descanso: con quánta mas razon debemos nosotros clamar sin cesar; porque nuestros pecados son muchos, y nuestro fin incierto, y nuestra causa dudosa; y de su conclusion pende la eternidad de vida, ó de muerte.

517 **C**onsidera como á nuestra Señora le dieron tres dias de término, no para que se dispusiese, porque siempre lo estaba; sino para nuestra enseñanza, dixo

San